

No miréis al mar

Xuan Xosé Sánchez Vicente

No miréis al mar

septem 
ediciones

¿Para quién edificué torres?

UNO

Por fin, con la entrada del sacerdote en el presbiterio, las tensiones parecían haberse disipado u ocultado. Todavía pocos instantes antes del ligero rechinar de la puerta de la sacristía y del sonido de los zapatos del oficiante sobre el mármol de la terraza del altar, se habían intercambiado miradas de malestar y reproche en los primeros bancos de la abarrotada iglesia; cuchicheos y comentarios habían permanecido en el aire con más volumen o durante más tiempo de lo aceptablemente decoroso; algunas manos se habían abierto y elevado, separándose de sus torsos, en señal de impotencia o exculpación personal; hombros se tenían alzado hacia la cabeza ocultando el cuello entre ellos, tiestas habían ondeado a izquierda y derecha, enviando indicaciones de desagrado o de resignada aceptación de lo ya inevitable.

Pero ello habían sido sólo ligeras señales de una más fuerte tensión anterior, que, nacida casi dos días antes, había alcanzado la máxima agitación al mediodía de la víspera, cuando definitivamente la viuda había dicho la última palabra. Después, como las olas que van llegando progresivamente amainadas a la costa en los días siguientes al temporal, las frases destempladas, los argumentos reiterativos, el volumen de las voces, la exacerbación gestual, habían ido disminuyendo poco a poco, hasta casi apagarse —no obstante algún ocasional encrespamiento que pareció volver por un instante a recobrar la altura inicial de la marea— a las puertas del templo, con la entrada del féretro, para subir después en el breve tiempo impaciente de la espera y hacerse definitivamente inadvertibles en el momento en que el preste, tras dejar atrás rechinando la puerta de la sacristía y caminar unos pasos hacia el centro del altar, efectuaba su inicial genuflexión ante el sagrario.

Ciertamente a muchos extrañó que Carlos Antonio, “Carlonos”, recibiera sus honras fúnebres a través de las ceremonias de la religión mayoritaria, en vez de ser enterrado, como correspondería a su decoro, seguramente a su voluntad y, en todo caso, a

sus reiteradas manifestaciones de incredulidad y anticlericalismo, mediante el rito laico (o mejor, esa ausencia de patrones y normas funerarias cuyo vacío cobijamos bajo el nombre de “laico”) de la incineración y el ennichamiento, en su caso, de la urna, sin pasar por la casa de la superstición. Esa decisión había molestado especialmente a una parte de su familia y a casi todos sus amigos y compañeros de ex-tajo, partido y sindicato, que ni habían cejado en su intento de reconducir el protocolo, ni dejado de hacer pública su discrepancia, más o menos sonora, más o menos intensa, con frases articuladas, con sonoridades vocálicas o con aspavientos. Pero la decisión de Cristina, la joven viuda, fue tan firme al ser tomada como al ser obsidiada: puesto que Carlos no había manifestado en vida ninguna expresa determinación sobre sus honras fúnebres, ella creía que esto era lo mejor, y punto. Yo soy la viuda, repetía como colofón a las reiteradas negativas que tuvo que emitir, yo soy la viuda y yo decido.

Así, el ex-cuerpo que el féretro señalaba como de C.A.V.R. (también llamado con un brutal y paradójico eufemismo “restos mortales”, como si el finado hubiese dejado por subproducto otros despojos, o como si deviniese en otros restos distintos cuya cualidad no fuere la de “mortales”) reposaba ahora en la caja, apoyada a su vez en un plinto, mientras el perfume del incienso permanecía en la porción de aire más próxima al altar, removido, de vez en cuando, por los unánimes, aunque desacompasados, por no ensayados, movimientos de erección y reposo sacro-lumbar que los asistentes practicaban de forma alternativa, al exhorto casi todos, sólo unos pocos *motu anímico proprio*, de quien, vestido de ropas talaras, desde una posición preeminente dirigía la ceremonia.

Fue durante el tercer movimiento colectivo de impulsión hacia adelante y hacia arriba cuando un alegre turiturituri turituriri turiturirí proveniente de la entrañas de un teléfono móvil lanzó su alegre gorgoriteo entre los bancos y las columnas, poniendo de relieve diferentes respuestas individuales ante el estímulo: de búsqueda en direcciones opuestas de la ubicación correcta del origen de la motivación auditiva, unas; de capacidad de disimulo ante la sorpresa o de nervioso e incontenible movimiento de indagación y escrutinio, otras.

Tras un prolongado tirurireo, que los archivos neuronales avezados a las claves de la sonoridad y la duración de la misma en los móviles, así como a las diferentes respuestas proveídas por el mercado a la ausencia o indiferencia de los destinatarios, juzgaron como el agotamiento del tiempo marcado por el conjunto del sistema o por la voluntad de quien marcaba, y no como el correspondiente a la apertura del buzón de voz —más breve, por lo general éste—, la llamada cesó. Mas apenas se habían vuelto otra vez todas las visuales hacia el escenario principal, relajado los músculos y normalizadas las respiraciones de los anteriormente más inquietos, hubo un segundo, un tercero y un cuarto y un quinto ringuirringueo. Y, a cada vez, el cantarín ijujuar parecía alzarse más y más imperioso, como ocurre a veces con ciertas llamadas cuyo timbre parece traducir en su sonoridad y frecuencia el carácter impertinente o el ánimo airado del emisor, cuya personalidad intuimos al otro lado del hilo o del satélite y que, por eso mismo, nos resistimos a confirmar mediante la apertura del receptor, a pesar de saber que, inevitablemente, acabaremos cediendo al ímpetu conminatorio con que el llamador tímbrico se deja modular por las vehementes incitaciones del apelador.

Al absoluto silencio que, transcurridos unos segundos, obtuvo el cese de la primera llamada no volvió a seguirlo ya instante alguno de unanimidad, sino una multiplicación de movimientos, de ojeadas, de toses, de murmullos crecientes, de charlas, de explícitas gesticulaciones, a través de los cuales palparon unos con disimulo o inquietud sus bolsillos en busca de la irreverente ludiente chicharra; encauzaron otros sus aviesas o despectivas miradas a su alrededor, en busca del inútil o desvergonzado que, habiendo provocado la cesura del proceso preenterrador, no era capaz de tomar consciencia de su responsabilidad o prefería disimular esperando, una y otra vez, el agotamiento definitivo del acuciamiento comunicador del llamante, sin dejar de pensar tampoco alguno en que sería, sin duda, aquel concreto fulano o mengano de unos asientos más allá, malquisto de su persona, el responsable de tan obscena estolidez; murmuró éste al oído con el vecino, comentó el otro con el prójimo, intercambió opiniones aquél con el amigo que se encontraba dos bancos adelante, en la

otra orilla del pasillo central; algunas sonrisas asomaron torcidas en los labios o se ocultaron pudorosas tras la mano, unas pocas sufrieron un incendio que no pudo ser apagado y se convirtió en risa; suspendió el oficiante el trillado *iter* de la misa de difuntos, quedando primero suspenso en su pasmo y dirigiéndose después a la epístola para, allí, con el micrófono abierto, no ser capaz de articular más que un por favor, por favor.

Pero mientras en la mayor parte de los metros cuadrados ocupados se mantenía la multiplicidad de respuestas, entre la confusión y la algarabía, en los primeros bancos fue instalándose en los cuerpos una casi monocorde postura, con giro hacia la izquierda de los ubicados a la derecha y al frente de las gradas del altar, con giro a la derecha de los estacionados a la izquierda, al tiempo que, con casi total concordación, sus ojos, encaminados en dirección al ambulatorio anterior a las hileras de bancos, en el espacio vacío entre éstos y el presbiterio, traslucían, en lo dilatado de sus pupilas o lo fruncido de sus ceños, tras sucesivas interacciones entre sus oídos y su cerebro que fueron provocando progresivas correcciones en la evaluación de la percepción y diversas aproximaciones por ensayo y error, el horrorizado convencimiento de que aquel incesante y alegre, aunque amortiguado, turiturituri provenía del féretro del muerto.

Establecido el origen, la inmovilidad que atenazaba ahora a las primeras filas empezó a extenderse hacia las posteriores, a medida que, apenas entre cuchicheos, la diagonal que miradas y cuerpos hacían confluir sobre el materíneo envoltorio del finado empezaba a ser capturada, primero, comprendida. después, y traducida, finalmente, en tenso, inmóvil reposo, semejante al de un can cazador cuando, puesto y al acecho, espera la orden de su amo para tomar la resolución de obrar. Por fin fue instaurándose, otra vez, casi de forma definitiva, el silencio y la inertidad en el templo. Sólo algún cuerpo se derrumbaba, angustiado o sobreco-gido, sobre el banco, sólo alguna carcajada histérica, sofocada con prontitud por alguna mano, irrumpía, sólo la voz del sacerdote se seguía oyendo, monocorde, por favor, por favor. Fue necesaria una enésima impetración del oficiante, ahora más acicateadora que en anteriores ocasiones, demandando que quienquiera que fuese

realizase ya algo, por el amor de Dios, que una voz femenina en el primer banco gritase parad eso, parad eso, para que un joven, situado a la izquierda de aquella voz y en la misma línea, desplazase su uno ochenta y cuatro de altura, su cabello relativamente largo e intensamente azabache, sus ojos castaños, sus corpulentas espaldas, sus largas y ágiles piernas, al costado del túmulo donde el finado esperaba, sin señales de impaciencia, el momento del eterno reposo.

Con decisión, pero con inseguridad, procedió a levantar desde la cabecera la abrigantada tapa, procurando que sus movimientos no fueran bruscos, en evitación de un derrumbe de todo el cuerpo sepulcral o una caída del paralelepípedo superior. Del coro de estupefactos espectadores dos más decididos varones, de las filas quinta y cuarta, se acercaron en el momento justo para ayudarlo a desasir de su encaje y depositar en el suelo la bien barnizada cobertura, y se dispuso él, a continuación, a proceder a alzar la tapa de cristal, último (o primero, según la perspectiva) obstáculo que separaba al que fuera Carlos Antonio de la vida y del mundo, y que, a no estar incontrovertiblemente muerto, víctima, por ejemplo, de un proceso cataléptico —sumamente improbable, digámoslo, prácticamente imposible en estos tiempos, la compleja burocracia médico-judicial que los acompaña mediante—, hubiera evidenciado, a través del depósito de pequeñas gotas de vaho en el pulido vidrio, lo inadecuado de su reciente situación administrativa, obligando, así, a molestas y complejas rectificaciones a siempre ocupados funcionarios, cuyo tiempo nunca debería hacerse perder.

Cristina, la joven viuda, se tapaba la faz, espantada e inclinada sobre el apoyabrazos del corrido banco arrodillatorio; muchos cuellos y cuerpos se alargaban curiosos en busca de una mejor postura atalayadora, mientras otros pugnaban por dirigir los ojos y las miradas hacia un evasivo punto impreciso en dirección a las paredes y capillas laterales; absorto, el sacerdote había quedado detenido a medio camino, suspenso en su aguijadura primera de bajar a ayudar, con un pie en la tercera grada del presbiterio y otro en la cuarta; el templo todo se mantenía en silencio, sobrecogido y expectante, cuando se produjeron varios hechos casi inmediatos

aunque sucesivos: el giro de la parte superior del ataúd —cuya pulida y transparente superficie, hecha de una mezcla de sílice, potasa y minio, dejaba ver el cerúleo rostro del finado enmarcado por impolutos y albos tejidos acolchados— sobre las bisagras de su parte derecha, acompañada con cuidado en su descenso hasta quedar colgando perpendicularmente al suelo por los dos voluntariosos acompañantes del primero de los intervinientes; la reiniciación del indesalentable timbrineo del gárrulo grillo que, ahora, sonando un punto más nítido y un punto más impaciente todavía, provocó alternativas de paralizado encogimiento, de nervioso temblor o de inquieta movilidad en pies y manos; la introducción de una mano en el receptáculo de C.A.V.R., la búsqueda azorada y nerviosa entre las ropas, primero en los bolsillos externos, en el interior derecho superior después, la percepción táctil de un objeto, en aquellos instantes de nuevo silencioso, de forma y tamaño aproximados al buscado, su captura y su transporte al exterior de la caja, al tiempo que, tal vez alegre por aquella inesperada resurrección a la luz, volvía a emitir su canto.

Nervioso sin duda, quizás aturdido, confuso acaso por la duda de si aquel insistente reclamo contendría quizás un mensaje o un secreto importantes, el varón con la treintena apenas cumplida fue incapaz de aplicar una estrategia simple, de las que a diario ponemos en práctica en nuestro manejo de esos no semovientes a los que llamamos móviles, tal la de apretar el icono que representa un teléfono rojo en reposo (cuyo pleno significado viene dado, evidentemente, por oposición al otro término del binomio, el verde y alzado) o, más drásticamente, la de las dos operaciones sucesivas de pulsado, una de las cuales motiva que en la pantalla aparezca la palabra desconexión y la otra hace recaer la presión sobre el dígrafo OK, sino que, como el soldado que inopinadamente recibe en su posición la visita de una granada de mano y se agacha y la recoge y corre para lanzarla y alejarla de allí, con la misma celeridad con que el criado del rico mercader, el protagonista del relato de las Mil y una Noches, tras haber visto a la muerte en Bagdad, reventaba su caballo camino de Ispahán, donde ella precisamente lo esperaba, así salió desalado hacia la puerta con el teléfono en la mano, acelerando y acelerando a medida que volvía a lanzar

un nuevo importuno campanilleante reclamo. Y, a la manera ya habitual en que la sociedad española de los últimos tiempos ha resuelto el *horror vacui* de los vivos ante el sinsentido de la muerte cuando éste viene enfatizado por la violencia de la criminalidad política o la conmoción del accidente que trunca *contra naturam* y a un tiempo varias vidas, el templo todo se llenó del estruendo de la concurrencia reiterada de las extremidades palmares del brazo izquierdo contra las del brazo derecho, estruendo con que los empieestantes subrayaban tanto el alivio de sus tensiones como el reconocimiento del mérito y el ingenio del ciudadano que ya no era visible, una vez que las puertas se hubieron cerrado con ruidoso golpe al traspasarlas él y su canora y apremiante carga.

¿Dónde cojones te metiste? ¡No, si ya sabía yo que no ibas a tener huevos para pasar una semana fuera de casa! ¡Pues aquí estoy yo en París, mono, con el hotel pago, y la bebida enfriando, y el coño, hasta hace unas horas, calentando! ¡Que ya vi yo que no venías, que tenías que haber estado aquí hace más de diez horas! ¡No, si ya entiendo yo que la culpa es mía, guapo, que tú muchos huevos y muchos cojones, pero luego los polvos como los gallos, que si tienes que estar más de dos días fuera de casa te cagas por las patas, cagaratas! ¡Así defenderás tú a los que tienes que defender! ¡Me oyes? ¡Pues ya me estás dando una buena disculpa! Que estás a punto de llegar al hotel, o que estás en la mesa de operaciones con la tripa abierta ¡Porque ésta no te la perdono! ¿Me oyes? ¿Me oyes? Porque tú no me haces esto a mí, Carlitos, porque una cosa, ¡joder!, es joder y otra, arrancar los pelos. ¡Carlos, contesta! ¿Estás ahí, Carlos? Por lo menos dame una explicación coherente, ¡hostia!, que la pueda entender aunque no te pueda perdonar. ¿Me oyes, Carlos? ¡Carlos, Carlos!

Curioso es el entretejido de volutas, el laberinto de canales por el que circulan los impulsos eléctricos de la información en nuestro cerebro; extraña resulta la forma de almacenarse los datos de los olores, de las visiones, del oído, del conocimiento y cómo, enterrados en lo más profundo del hipocampo, del córtex del lóbulo temporal o de la amígdala, afloran de pronto a la consciencia, sin que parezca haber ningún motivo que los haya convocado a la luz desde las tinieblas de la memoria; sorprendente la manera en